



AÑO III

← BARCELONA 7 DE ENERO DE 1884 →

NÚM. 106

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL GOLOSO, cuadro por J. Verhaz

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—SONATA EN DO, por don José Estremera.
—MAL DE OJO (*Continuación*), por don Fernando Marmolejo.
—NOTAS DE MI VIAJE (II), por don José Gestoso y Perez.

GRABADOS.—EL GOLOSO, cuadro por J. Verhaz.—MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE ISABEL LA CATÓLICA, obra escultórica de don Manuel Oms.—EL BAUTIZO DEL HIJO PÓSTUMO, cuadro por A. Hoff.—EL TRICICLO ACUÁTICO DE M. TERRY.—PALACIO DE HIELO EN MONTREAL (Canadá).—LOS NAUFRAGOS, cuadro por J. Hilverdink.

NUESTROS GRABADOS

EL GOLOSO, cuadro por J. Verhaz

Apénas habrá uno de nuestros lectores que no pueda creerse aludido en este hermoso cuadro; apénas habrá uno solo que no se transporte mentalmente á aquella edad feliz en que el hecho de destapar una botella de *Champagne* era un verdadero acontecimiento de familia, preparado mediante ocho días de trabajos culinarios *extra*, y saboreado durante otro tanto tiempo en conversaciones alusivas y servicio de restos en comida y cena. Entónces, apénas nuestros padres y sus convidados abandonaban el comedor, corríamos, como ese precioso niño, al silencioso campo de batalla, y á poco que se descuidara la vigilancia maternal, no quedaba vino ni licor en copa alguna que no pasara del fondo de ella al otro fondo de nuestro estómago. En seguida íbamos muy tranquilamente á confundirnos entre los convidados; pero como el vino y el humo son dos cosas que no pueden estar ocultas mucho tiempo, á lo mejor una inconveniencia inexplicable ó un mareo imposible de atajar denunciaban nuestra calaverada y daban con nuestro cuerpecito en la cama, prévia una carrera de mercedas cuchufletas.

Con este sencillo argumento, hay que reconocer en el autor de nuestro cuadro una manera de hacer tan natural y elegante que es muy difícil de superar en su género.

MONUMENTO Á ISABEL LA CATÓLICA

En la tarde del 10 de noviembre próximo pasado se inauguró en Madrid el monumento erigido á Isabel la Católica, por el Ayuntamiento de la corte, en el paseo de la Castellana.

Tres estatuas forman el grupo; la ecuestre de Isabel la Católica, la del Cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza y la del Gran Capitan Gonzalo de Córdoba y las tres se apoyan en un basamento de bronce que figura una roca. La Reina á caballo, aparece cubierta con su armadura, y llevando corona y manto real, con el cetro en una mano y las bridas del corcel en la otra. El Cardenal, en traje talar, con el libro de los Evangelios en la mano derecha y apoyada la izquierda en una de las bridas del caballo de la reina. El Gran Capitan, vestido con traje de guerra, con la espada desnuda en la mano izquierda y sujetando con la derecha la otra brida del caballo. El pedestal es digno del grupo: un basamento lizo, con escalinata de piedra, sostiene el cuerpo central, flanqueado por cuatro cuerpos salientes que se apoyan en esbeltas columnas. Este pedestal tiene escudos alegóricos alrededor, y en el frente que mira á Madrid se lee esta inscripción en caracteres góticos:

A Isabel la Católica, bajo cuyo glorioso reinado se llevó á cabo la unidad nacional y el descubrimiento de las Américas.—El pueblo de Madrid.—1883.

El grupo escultural tiene detalles preciosísimos y es indudablemente uno de los mejores monumentos de Madrid, y tanto este como el soberbio pedestal que le soporta, son obra del notable escultor catalán D. Manuel Oms, pensionado en la Academia española de Bellas Artes de Roma.

EL BAUTIZO DEL PÓSTUMO, cuadro por A. Hoff

Este lienzo debe pertenecer sin duda á algun descendiente de los personajes que en él figuran, pues representa una escena de familia, si interesante para sus individuos, casi indiferente para el público que únicamente se encariña con los hechos ocurridos á los tipos históricos. Esto no impide que el cuadro, artísticamente considerado, sea muy recomendable y que la ejecución corresponda perfectamente al asunto.

Representa el acto del bautizo de un hijo póstumo del duque de Chomberg, verificado en el castillo de La-Beaucé. No es difícil de reconocer entre los asistentes á Margarita de Breuille, la viuda del duque, que da treguas á su dolor por un instante y cuya mirada clavada en el caballero de Maurepas, hermano del difunto, parece querer sondear la lealtad con que este apadrina al tierno vástago, que le aleja más y más de sus mal ocultas aspiraciones al ducado de Chomberg. En cuanto al jóven que se halla de pie junto al padrino y que, al igual de éste, tiende la mano en actitud de amparar al bautizado, es un hermano de la duquesa que desde luego se declara campeón de su débil sobrino.

El autor ha agrupado hábilmente los personajes y ha reproducido atinadamente la suntuosa estancia en que tiene lugar la escena.

EL TRICICLO ACUÁTICO DE M. TERRY

En el n.º 102 de la ILUSTRACION ARTÍSTICA nos hemos ocupado ligeramente de la arriesgada travesía del estrecho de Calais efectuada por M. Terry en un triciclo de su invención. Hoy ampliaremos los informes de esta travesía, publicando además dos grabados que representan el velocípedo de M. Terry tal como funciona en tierra, y en el agua cuando se le transforma en una embarcación de tela impermeable.

En tierra se diferencia muy poco, como puede verse, de los velocípedos de tres ruedas. Para convertirle en barco, la operación es muy sencilla, invirtiéndose en ella media hora solamente.

Las dos ruedas grandes se componen de dos partes iguales, unidas con tuercas. Para formar la caja de la embarcación en la cual se coloca el velocípedista manejando los remos, hay dos secciones situadas paralelamente á un metro de distancia. Las otras dos secciones puestas en sentido vertical sobre la parte media de las primeras y hácia fuera, dan al esquife la longitud necesaria con los extremos redondeados. Dos tubos de acero, que unen la rueda menor al cuerpo del triciclo, sirven para fijar á las partes superiores las dos secciones paralelas manteniéndolas á alguna distancia, y sosteniéndolas una vara pasada por debajo y por su parte media, la cual hace las veces de quilla, y que no sirve para nada en el aparato terrestre. Completa el casco de la embarcación una cuerda, que, partiendo de la extremidad de la parte superior de una de las secciones verticales, reúne entre sí los extremos de todas las secciones, y sirve de punto de apoyo

á una tela embreada que lo cubre todo, excepto la caja central en la que va el viajero.

El aparato, armado de este modo, parece una lancha de cubierta, de 3 metros 60 centímetros de ancho, 1 metro 20 centímetros de largo y 60 centímetros de profundidad, es decir, de las proporciones necesarias para su mejor estabilidad, áun en el mar. Por otra parte, se aumenta esta estabilidad con dos sacos de aire, cada uno de 20 litros de capacidad, sujetos á uno y otro lado de la parte superior de la caja.

Terry salió de Londres en su velocípedo á las siete de la mañana del 25 de julio, y á las ocho de la noche entraba en Canterbury, habiendo recorrido 58 millas de distancia. Por la tarde del siguiente día estaba en Dover; el 27 descansó, y el 28 á las nueve de la mañana salió de este último puerto en su triciclo transformado en barco, pero á las tres horas de viaje el mar empezó á picarse, y hasta las cinco de la mañana siguiente no pudo llegar á tierra, consiguiéndolo en Andreselles, aldea situada cerca del cabo de Gris Nez.

Como Terry se proponía efectuar la travesía en seis ó siete horas, no llevaba provisiones; por fortuna el 28 por la tarde encontró un barco de pesca de Boulogne, cuyo patron le dió algunos víveres y le indicó la dirección que debía seguir para llegar á tierra sin peligro. Los aduaneros tomaron al osado velocípedista por un contrabandista de nuevo género, y le condujeron á Boulogne, donde se le puso en libertad despues de oír sus explicaciones.

Desde allí, convertido su barco en velocípedo, pasó á Saint-Pierre-lès-Calais, y el 2 de agosto se trasladó á París, habiendo recorrido en cinco días 290 kilómetros de distancia.

M. Terry es un jóven de 29 años, y ha servido largo tiempo en la marina inglesa.

PALACIO DE HIELO EN MONTREAL (Canadá)

Es sabido que los viajeros á las regiones polares suelen construir casas de hielo en las cuales se guarecen, y donde se preservan de la acción del frío, cosa que parece extraordinaria. La temperatura interior de una casa de hielo cerrada es de 0º, temperatura que parece apacible cuando fuera de ella el termómetro marca 25º ó 30º bajo cero.

Esta costumbre es bastante general en los países donde hiela todo el invierno, y no es de temer que el edificio se derrita. En Rusia se han construido con frecuencia casas de hielo; en el Canadá se levantan casi todos los años verdaderos monumentos. Los habitantes de Montreal hicieron el año pasado un magnífico palacio de hielo, que se inauguró en Carnaval, y este año se proponen edificar otro semejante. Aquel era un edificio cuadrado de 27 metros de lado, compuesto de un recinto interior y una torre cuadrada en el centro. Las paredes verticales, todas de bloques de hielo, tenían unos 22 metros de altura, las cuatro torres de los ángulos 15 y la central 30. Estas torres remataban en erguidos pináculos de ramas de abetos, y la techumbre del edificio estaba formada de troncos de dichos árboles provistos de sus ramas y cubiertos de una gruesa capa de ramaje verde.

La construcción se hizo con bloques de hielo de 90, 30 y 15 centímetros, procedentes del San Lorenzo. Para cortarlos en la corteza de hielo que cubría el río, se hizo uso de un pesado rastrillo tirado por caballos y cuyos dientes trazaban surcos que se profundizaban haciendo pasar el rastrillo muchas veces por el mismo surco. Cuando se hubo trazado de este modo una especie de tablero de ajedrez en la superficie del río, en trozos de unos tres centímetros de profundidad, bastó descargar unos cuantos golpes para desprender los bloques: entónces se los acarreo al pié de la obra y ya no hubo más que sobreponerlos para erigir el edificio. En vez de argamasa, se hizo uso solamente de agua que, al congelarse, soldó entre sí todos los bloques, de suerte que el monumento quedó reducido á un gigantesco monolito de paredes transparentes como el cristal. De día, la uniformidad de tonos y la falta de sombras quitaban todo el mérito al edificio; pero contemplado de noche, á los resplandores de la luz artificial, el efecto era verdaderamente mágico.

A la fiesta de inauguración acudieron más de 50,000 personas; más de 700 individuos de los clubs de raquetas, con su traje de lana blanca y el cinturón del color especial de cada sociedad, organizaron una procesión á la luz de faroles, cohetes y luces de Bengala de un efecto tan original como sorprendente. El palacio estaba iluminado por doce poderosos focos eléctricos, cuyos resplandores se reflejaban en todas las desigualdades de las paredes que despedían por doquiera destellos irisados.

Al terminar el invierno no se desperdició este edificio; pues sus materiales pasaron á los cafés y fondas de Montreal, y los canadienses se comieron ó se bebieron su palacio de hielo.

LOS NAUFRAGOS, cuadro por J. Hilverdink

Dijo Horacio con mucha verdad que sin duda debía ser de roble y estar defendido por triple coraza el primero que se atrevió á luchar, desde un frágil barquichuelo, con las iras del mar embravecido. En ninguna parte, con efecto, el peligro es tan inminente, ni se presenta acompañado de tan horrible aspecto. Arriba un cielo plomizo, quitando al naufrago hasta la idea de la esperanza; abajo un monstruo rugiente que parece irritarse, tanto más, cuanto más el hombre se resiste á ser su víctima; en el espacio rayos que serpentean y montañas de agua que nos elevan vertiginosamente, para hundirnos en seguida, con estruendo que hace imperceptible el de los más formidables truenos. El mar azotado por la tempestad es la imagen más aproximada de lo que puede la cólera divina; ante ese mar todo es débil, pequeño, mezquino; y el hombre, el soberbio rey de la creación, daría en tales casos su soberanía á trueque de convertirse en una de esas gaviotas que graznan desde el palo en que se posan, cual si se rieran del estupor que domina á su habitual enemigo.

El cuadro que publicamos da una idea de esa lucha titánica entre el hombre y el mar, lucha que frecuentemente termina con el luto de muchas familias, á las cuales ni siquiera cabe el consuelo de ir á verter una lágrima sobre el sepulcro de sus deudos.

SONATA EN DO

I

El célebre maestro X... pasó los últimos años de su existencia completamente alejado del mundo, en la aldea de Villapaz, donde llevaba una vida retirada y metódica que daba mucho que hablar á los *villapacíficos*. Se levantaba temprano, visitaba una por una las flores de su jardín y leía luego hasta pasado el medio día que era la hora señalada para la comida; concluida la cual, se acostaba un rato para hacer cómodamente la digestión, daba

despues un corto paseo, y; á la caída de la tarde, sentábase en las gradas del rollo para ver la puesta del sol y oír el eco lejano de las campanas que tocaban el *Angelus*. Volvía á su casa, y, hasta hora bastante avanzada de la noche, tocaba unas veces el piano y otras el órgano expresivo.

Su despacho era un cuarto muy grande con tres ventanas en un muro y dos en otro. En él había una cama lujosamente colgada, una mesa escritorio, otra de comedor y otra cubierta de libros, papeles, estampas y profusión de objetos de arte que parecían refugiados allí por no tener otro sitio donde colocarse. Adornaban las paredes un gran estante de libros y cuadernos de música, cuadros al óleo y acuarelas de artistas distinguidos, estatuas y armaduras. Completaban el mueblaje de la estancia varias sillas y sillones de diferentes formas y épocas, un piano de Pleyel y un magnífico órgano. En cualquier parte en que se fijara la vista, se encontraba un objeto de no escaso mérito artístico y del más exquisito gusto.

El maestro me recibió con suma alegría.

El artista y yo aficionado, nuestra conversacion recayó naturalmente sobre música. Traté de saber su opinion acerca de los diferentes géneros y me dijo que los tenía por buenos todos y que la música cumple su misión cuando hace sentir ó pensar, cuando distrae ó divierte.

—¿De modo—le dije—que V. oye con igual gusto las melodías de Gluk que los enrevesados acordes de Wagner?

—Tengo,—dijo,—un concepto de la música del que estoy muy satisfecho por los resultados que me ha dado en la vida. Creo que el músico es un poeta que necesita dar expansión á su alma, para lo cual encuentra pobre el lenguaje humano y hasta el pensamiento mismo. ¿No le ha sucedido á V. muchas veces tener deseos tan vagos que no sabe V. formularlos en su imaginación? ¿No ha tenido algo como recuerdos de lugares y hechos que V. no ha visto ni oído describir? ¿No ha sentido V. anhelos y esperanzas de algo que no podía suceder? Todos esos afectos forman á mi juicio la melancolía, y el único lenguaje que hay para expresarlo es la música. Yo me río del entusiasmo con que defienden algunos la música posible. Me explicaré. El autor de la música, si es artista y no mercader de notas, al escribir interpreta á su modo todos esos afectos que siente, buscando en la vaguedad de la armonía el lenguaje que le hace falta y encontrando en los períodos musicales los pensamientos que cruzan por su cerebro, como cruzaba ante la vista del Dante aquel torbellino de almas, en donde, entre mil desconocidas, se destacaban las de *Paolo y Francesca*. Pero este lenguaje tiene la magia de que, si satisfizo las aspiraciones del alma del autor dando forma á sus ideas, sabe despertar las del oyente, que no serán, por cierto, las mismas, pero sí de igual género y naturaleza. ¿Quién al oír la célebre melodía del Orfeo *J'ai perdu mon Euridice* no experimentará una sensación de tristeza profunda, pero poética, candorosa y sencilla? ¿Quién no cree oír un diálogo amoroso en el *andante apasionado* de *El sueño de una noche de verano* de Mendelssohn? ¿Quién no llora con los gemidos del *quinteto* de Mozart? Sin embargo; ¡cuán lejos está el oyente de ver los cuadros que se proponen y creen pintar con notas muchos autores exagerados hasta el extravío y muchos aficionados que sienten hasta crecer la yerba en los cantos de tal ó cual sinfonía! El *cu ira*, el canto favorito de la plebe irritada en la época del terror, en que suele encontrar la gente expresada toda la pavorosa idea de un pueblo ansioso de venganza y sediento de sangre, no es otra cosa que una elegante contradanza que, años ántes, se bailaba alegremente en los suntuosos salones de la aristocracia francesa. El *Himno de Riego*, el canto de libertad de los españoles (y perdone V. si ofendo su patriotismo), bajo el criterio artístico ni es himno, ni es español, ni es bueno, y sin embargo se ha entonado por las calles con gran entusiasmo, y progresista hay que si me oyera decir esto me tendría por oscurantista y retrógrado, creyendo que trataba de manchar su bandera.

En todo cuanto al concepto de la música se referia estuvimos completamente de acuerdo, y en nuestra conversacion se convenció él de que yo era un verdadero entusiasta del arte, y conociendo el placer que me proporcionaría ejecutando algun trozo de su repertorio con la maestría que le ha hecho célebre, se sentó al piano y me preguntó:

—¿Qué autor le gusta á V. más?

—Sentiria mucho,—le respondí,—que tomara V. por adulación lo que es mi gusto.

—¿Va V. á decirme que prefiere V. mi música? Pues lo creo, y espero que, sabiendo mi modo de pensar, no me tachará de inmodesto. Ya se lo he dicho á V. ántes; la música, en mi concepto, no es buena ni mala; se siente ó no. En este pueblo hay algunas muchachas que tocan algo el piano. Como no conocen otra cosa, se dedican á ese género, que solemos llamar *cursi*, de habaneras vulgares y recitados llorones. Aunque á mí no me divierta (gracias á Dios) esa música, me agrada mucho ver que ellas la cultivan con afición. No sé qué encontrarán en ese género, pero es indudable que les hace sentir. Por eso, y haciéndome la justicia de que V. tenga un gusto infinitamente superior al de las artistas de Villapaz, no dudo que prefiera V. mis obras á las de otros.

—¿Y V. qué autor prefiere?

—Segun las circunstancias. Me sucede con los buenos músicos lo que creo que debe suceder á los demás con los buenos poetas; Becquer, que deleita en los ratos de melancolía, resultaría impertinente en los momentos de go-

zo, y nadie leerá con gusto un romance de Quevedo en las horas de desaliento ó desesperacion. Así yo, si estoy de mal talante, cojo á Beethoven; si melancólico á Chopin ó Schuman; y así, según se encuentra mi ánimo, echo mis párrafos con Mozart, Mendelsohn, Schubert y otros cien cuya enumeracion sería larga. Puesto que V. me prefiere en este momento, sea yo el autor elegido. Voy á tocar una *sonata en do* á la que, para mi uso particular, he dado el título de *Dulcinea*, porque es compendio de una aventura algo quijotesca que, aunque parezca ridícula, me ha dejado profundos recuerdos que no han de borrarse en toda mi vida. No pretendo dar al público que la oiga explicacion de lo que quise decir en cada uno de sus tiempos, pues esto, como deducirá V. de lo que ántes le he dicho, es, en mi concepto, altamente ridículo; ni he querido decir nada en ellos, pero cada uno está escrito bajo la impresion del recuerdo de tal ó cual escena, recuerdo que acude á mí siempre que oigo las notas que de él nacieron. Schuman aseguraba que en más de una obra suya hay muchas de las penas que le causaron sus relaciones con la que fué despues su mujer. Quizá por eso Mme. Schuman las ejecuta hoy con tanto amor como maestría.

Comenzaba la sonata en *do*, llamada por su padre *Dulcinea*, por unos acordes vagos y tranquilos, y de ellos se destacaba luego un canto triste, pero apacible, sereno, á modo de barcarola, interrumpido á trozos por otro melódico de carácter distinguido. El segundo tiempo era un prolongado grito de dolor acompañado alguna vez de reminiscencias de los cantos anteriores, reminiscencias que se encontraban con frecuencia en el resto de la sonata. El tercero era una especie de marcha triunfal ó himno de gloria. El cuarto una elegía y el último estaba destinado á recordar todos los anteriores de una manera vaga y tranquila.

Con esto se hizo demasiado tarde, y me retiré á mi vivienda encantado con el maestro y con su música, y habiéndole prometido ántes, á ruego suyo, que menudearía las visitas durante mi estancia en el pueblo.

II

Cumplí mi promesa de bonísima gana y de tal modo que el célebre maestro y yo no tardamos en ser dos verdaderos amigos, de esos entre los que no hay secretos porque tienen la mutua seguridad de que cuanto se comunican es comprendido y apreciado. Nos unia esa amistad que, á ser posible entre el hombre y la mujer, haría de la vida un paraíso.

Yo tenía muchísima curiosidad de saber qué sucesos habian inspirado á mi amigo su sonata predilecta, y una tarde, paseando juntos á la hora en que el sol se pone, me contó lo que textualmente copio.

—Desde los 28 años hasta hoy,—me dijo,—me he dedicado única y exclusivamente á labrarme la dicha que se puede tener en la tierra, es decir, á vivir de ilusiones. La pérdida de las que tuve en los comienzos de mi adolescencia me habia sido tan amarga, tan terribles fueron mis primeros desengaños, que resolví no buscar otros y conservar y aún aumentar, si fuera posible, los sueños que me forjé al principio de mi vida de artista. No queria acabar de convencerme de la verdad que encierra la frase de Alfonso Karr que dice: «Llamamos felicidad á lo imposible y desgracia á lo inevitable.» La dicha—pensé—es un fantasma que crece con la distancia; resignémonos, pues, á contemplar de lejos.

Digo esto porque amo á una mujer que acaso no existe y que si existiese pasaría á mi lado sin que pudiera reconocerla: nuevo D. Quijote, he sabido crear una Dulcinea compendio de cuantas perfecciones he podido soñar para la mujer amada.

En mi primera juventud tuve amores que terminaron siempre por desengaños. Unas mujeres me querian por ver en mí un futuro marido; otras por vanidad, aunque creerlo acuse en mí igual defecto; estas por despecho y por interés aquellas; y entre todas, despues de proporcionarme los discursos que acarrearán la buena fe y la falta de frialdad en estos asuntos, me hicieron desesperar de hallar mi media naranja, no sé si por no ser ellas buenas ó por ser yo descontentadizo en demasía.

Ello fué que, aburrido y desesperado por el éxito infeliz de mis pasadas aventuras, me dediqué á viajar sólo con mis recuerdos y mi desesperacion por esos mundos de Dios.

V. sabe lo que los viajes excitan la imaginacion. Creo que consiste en que tratamos de explicárnoslo todo cuando no lo entendemos. Al ver una choza, me finjo un idilio; al pasar junto á un cementerio, una elegía; y así, á cada sitio, á cada edificio, á cada piedra le voy buscando una historia más interesante, por lo ménos, que las que nos cuentan de los siglos pasados.

Pero vamos al cuento, que filosofamos demasiado.

Viajando por Italia, fuí desde Milan, ciudad moderna, animada, fastuosa, á la que ofrecia mayor contraste con ella; Venecia. Al llegar á la estacion se deja lo moderno por lo antiguo, lo conocido por lo inesperado; del wagon se pasa á la góndola; todo lo que, hasta entónces, era ruido, animacion y alegría, se trueca en el silencio más extraño y en una melancolía que tiene no sé qué de terror.

La noche estaba oscura, los canales desiertos, y sus tranquilas aguas jugaban con los reflejos de los faroles y los abandonaban luego para ir, murmurando, á lamer los muros de los antiguos palacios.

El *faquino* que se apoderó, contra mi voluntad y poco ménos que á viva fuerza, de mi equipaje, me hizo entrar en una góndola negra y larga. Bajo la litera encontré una

mujer cuyas facciones era imposible descubrir por la oscuridad que allí reinaba.

Dí las buenas noches en francés y la que iba á ser mi compañera de viaje me contestó en el mismo idioma, con una vocecita dulce y melodiosa.

Es imposible describir la impresion que me causó aquella noche, impresion que no se parece á ninguna otra de mi vida y que ha quedado grabada para siempre en mi memoria.

No se oía más que el acompasado ruido del remo, y sólo al volver las esquinas interrumpia el silencio el gongolero avisando á sus compañeros para que le abrieran camino con una voz siniestra y tristísima semejante á la del cárobo.

Las góndolas que pasaban junto á nosotros me parecian cortejos fúnebres y yo mismo creia asistir á mi propio entierro ordenado por seres fantásticos que me conducian á lugares remotos y desconocidos.

—¡Qué hermoso y qué extraño es esto!—dije á mi compañera de viaje, ansioso de comunicar con alguien mis impresiones.

—¡Y qué triste!—respondió.

A lo lejos se oyó una voz de mujer que entonaba una cancion popular que á mí, quizá por las circunstancias en que la oía, me pareció inspiradísima.

—Daria cualquier cosa,—dije,—por poder apuntar esa cancion.

—¿Es V. músico?—me preguntó la viajera.

Con esto entablamos conversacion.

Me dijo que era apasionadísima de la música; y cuando supo mi nombre se dió la enhorabuena por haberme encontrado en su camino, asegurándome que mis obras la habian conmovido muchas veces.

Le hablé de las que tenia en proyecto y me aseguré que las oiria todas como tuviera noticia en dónde y cuándo se estrenaban.

Era rica y libre. Su tutor la habia vendido á un opulento calavera que se separó de ella á los tres meses de matrimonio por seguir á una bailarina y el padre del marido desleal regaló á su nuera en compensacion de su desgracia una considerable fortuna que la hacia independiente. Cuando aún no habia tenido tiempo de amar á su marido tuvo que despreciarle.

—Mi alma—concluyó—necesitaba una compañera y mi deber, á que nunca he de faltar, se lo ha vedado. No tengo más remedio que esperar resignada á que Dios disponga otra cosa.

Habíamos llegado á la puerta del hotel donde ella debia albergarse y le dije:

—Señora, esta será quizá la última vez que nos hablemos en nuestra vida; no espero tener en toda ella un rato tan delicioso como este. Ni sé quién es V., ni aún he tenido la dicha de verla el rostro. Si alguna otra vez nos encontramos en nuestro camino, no podremos reconocernos; el favor que quisiera pedir á V. no ha de tener, pues, consecuencias.

—¿Cuál es?

—Que se prolongara algun tiempo nuestra conversacion, prolongando nuestro paseo.

Accedió y pasamos una buena parte de la noche hablando de nuestro porvenir, y al separarme de ella para siempre, sin haberla visto, sin saber quién era, ni dónde podria volver á verla, quedé impresionado de tal manera que, en veinte años que han pasado, esta impresion está aún en mi alma tan viva como entónces.

III

Habíamos llegado á casa del gran maestro.

—Ya comprendo—le dije—el primer tiempo de su sonata en *do*. La barcarola y el trozo melódico son recuerdos de la escena que acaba V. de describirme. Pero la aventura no debe haber concluido, porque la sonata tiene cinco tiempos.

—Va V. á comprender el segundo,—me contestó y sentado al órgano comenzó á ejecutarlo.

En efecto, en este tiempo habia un canto triste como un grito de dolor y profunda pena en que sin duda el autor pintaba la tristeza que dejó en su alma la separacion de la mujer que tanto le habia impresionado. Las reminiscencias de los cantos del primer tiempo revelaban el indeleble recuerdo que la escena descrita grabara en la mente del artista.

—¿Y el tercer tiempo?—le pregunté—¿Qué significa el himno de gloria que con tan brillantes colores parece pintar la satisfaccion de un triunfo?

—Continuaré mi historia y V. juzgará. Aquella mujer sabia mi nombre y me habia prometido asistir á los estrenos de mis obras.—Es menester—me dije—obtener un triunfo, puesto que ella ha de presenciarme.—Y escribí mi ópera *Zúlma* con mayor entusiasmo que ninguna otra de mis obras. Cuidé de que se anunciara su estreno con anticipacion, para que ella pudiera cumplir su promesa. La ópera....

—No se ruborice V. contándome el éxito que alcanzó,—interrumpí,—asistí á él y no recuerdo acontecimiento más grande. Ya veo el tercer tiempo. V. creia que ella presenciaba aquel triunfo y ha descrito V. la escena con ese himno de gloria.

—Exactamente. Pero sucedió algo más aquella noche. Frecuentaba el teatro un marqués de quien supe que vivia con una bailarina y al que, por sólo eso, tomé profunda antipatía. Despues de la representacion se permitió, según me dijeron, censurar ágricamente mi obra, y con este pretexto le pedí explicaciones; no quiso dárme las y

resultó un lance, que era lo que yo deseaba, y al dia siguiente atravesé con mi espada el corazon de aquel aristócrata encanallado.—Entónces ví brillar un rayo de esperanza; el marqués era casado, acaso su mujer fuera mi desconocida. Ya podia aspirar á ella. Corrí á donde vivia la marquesa viuda, pregunté por ella y supe que estaba enferma de gravedad. Esperé con ansia noticias suyas y á los pocos dias me dijeron que habia muerto.—Asistí á su entierro, y cuando en el cementerio abrieron el féretro ántes de la inhumacion, me acerqué y ví tendida en él una mujer hermosa y de aspecto noble. Aquella mujer me era completamente desconocida y sin embargo al ver que la tierra caia con lúgubre estrépito sobre su sarcófago, sentí la misma pena que causa la eterna separacion de un sér amado que hubiese corrido á mi lado el áspero camino de la vida.—Desde aquel dia me sentí más solo que nunca; como no tenia con quien compartir mi gloria renuncié á ella y... aquí me tiene V. viviendo de recuerdos de una pasion que no ha existido y muy contento con la calma y la paz que me rodean.

—¿Ha comprendido V. ya lo que significa mi sonata?—añadió el maestro despues de una corta pausa.

—Perfectamente.

—Y ¿no me tiene V. por un *chiflado*, como me llaman las gentes de este pueblo?

—A eso sólo puedo contestar á V. con una exclamacion: ¡quién fuera músico como V.!

JOSÉ ESTREMERÁ

MAL DE OJO

POR DON FERNANDO MARMOLEJO

(Continuacion)

Fué el asombro de las gentes, la rabiosa codicia de los hombres y la envidia mortal de las mujeres.

Ella habia nacido para el amor, que para amar solamente la habia hecho Dios, como el amor hermosa y hechicera y avasalladora.

Pero aunque el amor le abrasaba el alma, porque ella era el amor mismo, no habia encontrado hombre en quien cifrar aquel cariño que ya á los quince años la enlanguidecia y la tenia pálida y melancólica, con la palidez y melancolía de la luna cuando aparece en una noche de tormenta entre las negras nubes.

VI

Los gitanos mejores mozos y más ricos por una parte, y por otra los más nobles y gallardos galanes buscaron en vano sus favores.

Señor de título hubo que le prometió hacerse gitano para tomarla por mujer, y ella le agradeció su amor con tales palabras, que le puso más en desesperacion y le dejó con ella sin cuidarse de sí, enloquecido por su hermosura, se colgaria de un árbol.

Era, en fin, Amparo un imposible para todos sus enamorados, que eran innumerables.

Parecia que la rodeaba un hechizo y que envenenaba con su encanto á los que la miraban y caian en una rabiosa sed de su hermosura.

Sus ojos eran tales, que la delicia que causaba con su mirada en cuyo fondo resplandecia una divinidad misteriosa, aumentaban y exacerbaban la vida de los hombres, para que sintiesen con más rigor el tormento de no ser amados.

VII

Y así llegó Amparo á los veinte años, causando pasiones infernales y desdichas miserables, y aborrecida á muerte por los mismos que la amaban y á los que por su crueldad volvia locos.

Hubo quien la acusó de haber hecho pacto con el diablo que la habia dado el poder de hacer mal de ojo y de matar á las gentes, y la Inquisicion se apoderó de ella.

Y los inquisidores opinaron que tanta hermosura no era natural y que el diablo debia andar en ello, porque ellos mismos, que eran unos santos varones y unos exorcizadores tremendos á quienes el demonio sabio y perverso debia tener miedo, se turbaban y se ponian malos cuando la interrogaban; y aunque ella no confesaba los delitos de hechicerías y de brujerías de que la acusaban no se atrevian á sujetarla para que declarase al tormento.

¿Cómo poner en el potro un cuerpo tan hermoso que parecia hecho de carne gloriosa?

Para esto hubiera sido necesario que los inquisidores no hubiesen tenido alma, y la tenian excesivamente sensible por desgracia suya cuando Amparo fijaba en ellos su mirada lúcida que los envolvía en un encanto infame.

Acabaron al fin por no atreverse á hacerlo y la soltaron diciendo que en ella no habian encontrado nada que ofendiese á la fe, ni al pudor, ni á las buenas costumbres; y esto acabó de hacerla temible, porque se creyó y se dijo que tal era el poder de sus hechicerías que ni la misma Inquisicion habia podido contrarrestarlas.

VIII

Y aconteció que Amparo, que habia entrado en la cárcel de la Inquisicion con el alma libre de amores, salió de ella enamorada hasta las entrañas.

¿Y de quién?



MONUMENTO ERIGIDO EN HONOR DE ISABEL LA CATÓLICA, en el paseo de la Castellana (Madrid)
(obra escultórica de D. Manuel Oms.)



EL BAUTIZO DEL PÓSTUMO, cuadro por A. Hoff

Ella misma no lo sabía.

No conocía al hombre por cuyo amor gemía desesperada como por ella habían gemido tantos.

Amparo estaba enamorada de un alma.

Aquella alma se había hecho sentir de ella y se había apoderado de la suya, envuelta en un canto triste y suspirante que salía de un calabozo situado en el mismo corredor subterráneo donde estaba el calabozo en que estaba encerrada ella con una cadena á la cintura.

Era una voz que para Amparo tenía un misterio, en medio del cual adivinaba un sér de una hermosura suprema.

En la alta noche, despues de haber los carceleros hecho su ronda y reconocido todas las barras, y todos los cerrojos, y soltado los perros feroces para que si alguno de los presos lograba forzar sus cadenas y la puerta de su encierro, lo cual era de todo punto imposible, le devoraran, aquella voz tristísima, impregnada de misterioso sentimiento, rompía el silencio horrible de aquella tumba de vivos y la llenaba de una vida fantástica.

El cuerpo que encerraba un alma como la que en aquellos cantares se adivinaba, por fuerza tenía que ser jóven y hermosísimo.

La voz misteriosa enamoró á Amparo.

¡Ella también cantó!

¿Quién eres tú que te quejas,
quién eres, alma penada?
¿quién eres que no te veo,
y que te tengo en el alma?

Apénas había acabado su cantar Amparo, cuando la otra voz, llena de una alegría infinita, contestó:

Soy como tú un alma triste
que agoniza porque ama
y no ha encontrado en el mundo
amor que le satisfaga.

Y si aquí se pusieran todos los cantares con que aquellas dos criaturas, que no se conocían, se requerían de amores, habría para llenar un grueso infolio como los mayores que se guardan en las bibliotecas.

Y esto fué en las noches de un largo año.

Cuando dijeron á Amparo que podía salir libremente de la cárcel, se negó.

Dijo á los carceleros, asombrándoles, que allí era feliz y que no quería irse.

La tuvieron por loca, y como persistiese en permanecer prisionera, la tomaron en brazos, la sacaron de la cárcel y la pusieron en la calle.

IX

La esperaban allí todos los gitanos que la tenían por hija y que sabían que la Inquisición la había absuelto.

Les dió miedo cuando vieron que Amparo, que era muy blanca, parecía una desenterrada y más semejante á un alma en pena que á un sér viviente.

Sobre todo cuando la oyeron decir que con sacarla de la cárcel la mataban, las gitanas, que la querían mucho, se echaron á gritar desconsoladas creyendo que se había vuelto loca.

En fin á Amparo le dió una congoja, y tuvieron que buscar una silla de manos para llevársela á las cuevas de San Cristóbal.

La hermosa jóven estuvo mucho tiempo en la cama con calenturas malignas, y no hay que decir si los gitanos maldijeron á la Inquisición que así les había puesto á su niña.

X

Pasó otro año.

Amparo se había puesto espiritada.

Pero cuánto más enflaquecía y más empalidecía más hermosa estaba.

Parecía que todo en ella era espíritu y espíritu de amor.

Los gitanos la veían enamorada, y no sabían de quién; porque siempre que la preguntaban decía:

—No le conozco; estoy enamorada de su alma.

Y no salía de aquí.

Los gitanos se afirmaron en la creencia de que se había vuelto loca y las maldiciones á la Inquisición subían de punto.

XI

Por aquel tiempo el Santo Oficio publicó á són de clarines y timbales un auto de fe, que debía tener lugar quince días despues.

En aquel auto de fe relajarian diez condenados que serian quemados vivos; se engarrotaria á otros diez ántes de quemarlos; se les haría presenciar la quema con argolla á cuello á treinta y de éstos se reduciría á prision á veinticinco y solos cinco serian dejados en libertad, pero con la pena de llevar toda su vida el infame sambenito de penitenciados de la Inquisición; esto es, la hopalanda y la coraza amarillas, ornamentadas con diablos y con la cruz de San Andrés roja.

Además, uno de ellos debía llevar una soga al cuello.

XII

Cuando Amparo supo que se iba á hacer un auto de fe, se propuso asistir.

Tal vez entre los condenados iría el amor de su alma.

Pero ¿cómo conocerle?

Ella no le había visto nunca.

No le conocía más que por la voz:

Y no era de esperar que cuando fuese en el auto de fe cantase.

No importaba.

Amparo acudió.

El auto salió de la cárcel de la Inquisición que estaba junto á la parroquia de Santiago.

Siguió por la calle de Elvira, al Zacatin y á la plaza de Bibarrambla.

Allí se levantaba el tablado para el auto.

Al pié del tablado estaba Amparo con algunos gitanos.

La multitud se apiñaba en torno.

Los soldados mantenían libre la calle por donde debían pasar la Inquisición con sus reos y las mangas de todas las parroquias, los estandartes de todas las comunidades y el Capitan general y la Chancillería y el Ayuntamiento y las cofradías, todos en fin los que tenían derecho á presenciar el tremendo espectáculo.

Amparo estaba tocando á la fila de soldados y podía ver, cuando pasasen, á todos los condenados.

Eran estos, como ya se ha podido contar, cincuenta.

La mitad, mujeres.

Todas viejas y hediondas, sentenciadas por brujas malditas que habían cometido todo género de iniquidades, hasta la de matar niños para hacer untos de virtudes abominables, con su sangre y sus entrañas.

Los hombres eran herejes ó judaizantes ó blasfemos.

Todos feos, horribles, de semblante avieso y repulsivo mucho más que por su fealdad por los apetitos innobles pintados en todas aquellas facciones contraídas á modo de muecas de monstruos infernales.

(Continuará)

NOTAS DE MI VIAJE

EN BURGOS

II

Los hechos que voy á narrarte, lector benévolo, en este segundo artículo fruto de los recuerdos de mi viaje, son en parte extractados de viejos cronicones mis buenos amigos de siempre, á quienes me complazco en interrogar con mucha frecuencia y con los que sostengo sazonados diálogos cuando el espíritu cansado de las impresiones del mundo real busca refugio en el de la fantasía y la imaginación, en cuyos impalpables séres encuentro sólo la comunidad de afectos y sentimientos y la misteriosa correspondencia que se establece entre quienes persiguen un mismo objeto.

De esta suerte van transcurridos los mejores años de mi vida creando también en la mente mil y mil pueriles historias que duran sólo un día, de igual modo que las imágenes dibujadas sobre un cristal empañado por el aliento desaparecen de la bruhida superficie al sentir el contacto del aire frío de la tarde. Así y todo á pesar de su efímera existencia me complazco en evocarlas, porque tal vez las más indiferentes, lleven en el fondo amargos recuerdos de nombres, hechos y sucesos que un tiempo fueron reales y ciertos y á los cuales por mucho que sea nuestro empeño en animar de nuevo, jamás volverán á alucinarnos. De igual modo vemos en los relatos de la Historia suceder y desaparecer los hombres y las cosas, no ménos que las figuras del retablo de Maese Pedro: un instante bastó para que el lucido acompañamiento de D. Gaiferos viniese por tierra y ¡cuántas veces hemos recordado á la vista de históricas enseñanzas la espada de D. Quijote y la ruina de Ginés de Pasamonte! Esto no obstante, sucédenos harto frecuentemente deleitarnos con semejantes espectáculos y así nos complacemos en levantar por nuestras manos el manto de polvo, sudario de cien generaciones que no es más que el inmenso telón de un teatro donde tuvieron lugar tantos y tantos dramas y tragedias que si un tiempo bastaron á estremecer al mundo, hoy aparecen sus personajes y héroes confundidos y revueltos, los príncipes y magnates con los comparsas y figurantes, los guerreros y los pontífices con volatines é histriones. Toda aquella deslumbrante pompa yace desvanecida, al estruendo de la pelea por conquistar un pedazo de tierra ha sucedido la más profunda soledad, á los cantos de amor y de guerra, al bullicio de los festines, el más medroso silencio, y los que un día desdénaron brocados y estofas hoy duermen en el polvo y en vez de las dalmáticas y sobrevestas, tienen que contentarse con algún giron de musgo, bordado de amapolas y de silvestre avena.

Estos y otros muchos pensamientos análogos ocupaban mi mente al amanecer del día que salí de Burgos para visitar la histórica Cartuja de Miraflores y el antiguo monasterio de San Pedro de Cardeña, inmortalizado por el más famoso de los caudillos castellanos. Sin saber por qué figurábame que iba á sorprender en la madreña de algun bosque al mismo rey D. Enrique III cabalgando, seguido de sus próceres y pajes, de sus monteros y alguaciles, entre el estruendoso alboroto de las trompas y bocinas, el incansante de los lebreles y las voces de todos, persiguiendo hasta dar muerte á algun tímido y ligero cervatillo ó á alguna fiera nacida en aquellas espesuras. A este fantástico cuadro sucedía otro bien distinto; como era ver alzarse ante mis ojos el soberbio panteón de piedra que guarda las cenizas de D. Juan II y de su esposa doña Isabel de Portugal. Tan pronto imaginaba hallarme á las puertas del monasterio de Cardeña ó en el interior del Templo, donde se hacía por el abad al Cid Rui Díaz entrega del pendón «aquel de la cruz bermeja» á cuya sombra habían de dilatarse tanto los dominios castellanos. Encontrábanse juntos los más famosos capitanes

siempre leales á su victorioso caudillo, allí doña Jimena y sus hijas, con los condes de Carrion y Alvar Fañez Minaya y damas y soldados y escuderos y monjes con ponían el maravilloso conjunto ofrecido á mi vista por la fantasía.

¡Y sin embargo, cuán diferente era el cuadro que contemplaba! Cuando concluí de recorrer el largo camino plantado de enhiestos chopos y gigantescos álamos que se encuentra al oriente de Burgos, una árida y desierta llanura extendíase á mis ojos donde apenas si daban señales de vegetación algunos miserables arbustos, creciendo entre las hendiduras de las piedras. Ni una brillante y alegre nota de color desentonaba el aspecto general, todo allí parecía muerto, sin que viniese siquiera á distraer el efecto producido ni el lejano eco del campesino entonando uno de esos largos y monótonos cantares cuyos tristes acentos se confunden á veces con el gemir de las aristas.

Había en aquel campo un reposo y una calma semejantes á la de un abandonado cementerio y no es posible imaginar un pasaje más á propósito para que el espíritu pueda abandonarse al inefable goce de la divina contemplación. Difícil sería para los que viven en Dios, apartados del mundo, encontrar un lugar más distante del humano bullicio; que sólo cuando el corazón arde abrasado en el fuego de purísimo amor, es dado al cuerpo resistir tan completo aislamiento sin experimentar en el alma ese intenso frío que produce la soledad. Poco despues de media hora de camino alcancé á distinguir sobre suave eminencia una gran masa oscura que paulatinamente se me iba haciendo más perceptible. Resaltando sobre el fondo de algunos árboles aparecía el inmenso túmulo erigido por Isabel I para tumba de sus padres y cuya traza y conjunto es en efecto el de un gigantesco féretro, con su cruz á la cabeza y sus enormes blandones de piedra. Aquella era la Cartuja de Miraflores: en el lugar donde está levantada hubo hace siglos un gran parque al que acudió mil veces D. Enrique III para solazarse en el noble ejercicio de la caza, construyendo también un palacio donde más tarde el famoso valido, cuya cabeza vióse rodar en el patíbulo de Valladolid, enojado con su monarca por la insistencia de este en levantar el monasterio, llegó segun dicen las crónicas hasta echar la mano á los pechos del Rey al par que miraba sañudamente á la daga pendiente de su cinto, sin duda para advertirle que estaba cercano el momento de usar de ella. Todos los esfuerzos de D. Juan II y las cuantiosísimas sumas invertidas en la fábrica de la primera Cartuja desaparecieron á causa de un voraz incendio que la redujo á escombros, pero los nobles estímulos que animaban al monarca hicieronle nuevamente poner manos á la obra que su inesperada muerte le privó de continuar. Había de corresponder tal gloria á la más ilustre de nuestras reinas secundada por el genio artístico del flamenco Juan de Colonia y por los mas eximios arquitectos é *imagineros* de aquel siglo.

Revolviendo en la mente antiguas fechas é inmortales nombres llegué á la puerta del templo, donde para perpetua memoria de la egregia edificadora, osténtanse los blasones con el haz de flechas y el yugo: empujé el postigo que estaba entreabierto y de pronto mostróse á mis ojos la peregrina fábrica de la iglesia. La gran nave de que consta con su soberbio retablo (1) en que se invirtieron parte de las primicias del oro traído por Cristóbal Colon de Nueva España donde existe todo un mundo de fantásticos séres que parecen agitarse confundidos en incesante torbellino, especialmente en el círculo formado por santos y querubines que rodean el gran crucifijo central y más abajo las estatuas orantes de D. Juan II y de doña Isabel fué lo primero que cautivó mi vista fijándola luego alternativamente ya en el magnífico sepulcro del más florido gusto ojival que encierra los restos del infante D. Alonso con su estatua orante revestida de riquísimos paños, las manos juntas ante el pecho y las inmviles pupilas mirando al cielo. Por cima de la efigie, á los lados, en la base, el duro mármol y el trasparente alabastro dóciles al cincel del artista, han representado el más bello y delicadísimo conjunto que puede gozarse convirtiéndose sus informes masas en festones y cresterías, agujas y marquesinas, monstruos y vestiglos, blasones y estatuas, que fatigan la vista y adormecen el alma al abismarnos en su contemplación. Inmediata hállase la soberbia tumba de sus padres defendida por una reja, á través de la cual, se experimenta la impresión de asombro y de estupor que causan las producciones maravillosas del arte. Yacentes sobre la urna muéstranse del tamaño natural las estatuas de los reyes D. Juan y doña Isabel con sus enormes coronas, sus recamadas y amplias vestiduras, sus joyeles y collares y sus tranquilas y reposadas fisonomías, en las cuales tan al vivo se refleja el nunca interrumpido sosiego de la muerte. (2)

De otra parte llamaban mi atención las esbeltas ojivas, las vidrieras policromas, las lámparas de plata y las talladas sillerías de los dos coros debidas al genio artístico de Martín Sanchez y Simon Buéras, creyendo ver que ocupaban sus empolvados asientos fantásticos monjes de blancos sayales, cuyos descarnados cráneos y cuyas huesosas manos producían extraños crujidos, ora al mover de las mandíbulas para cantar ronca salmodia, ora cuan-

(1) Empezaron á hacerlo en 1490 Diego de la Cruz y el famoso Gil de Syloe.

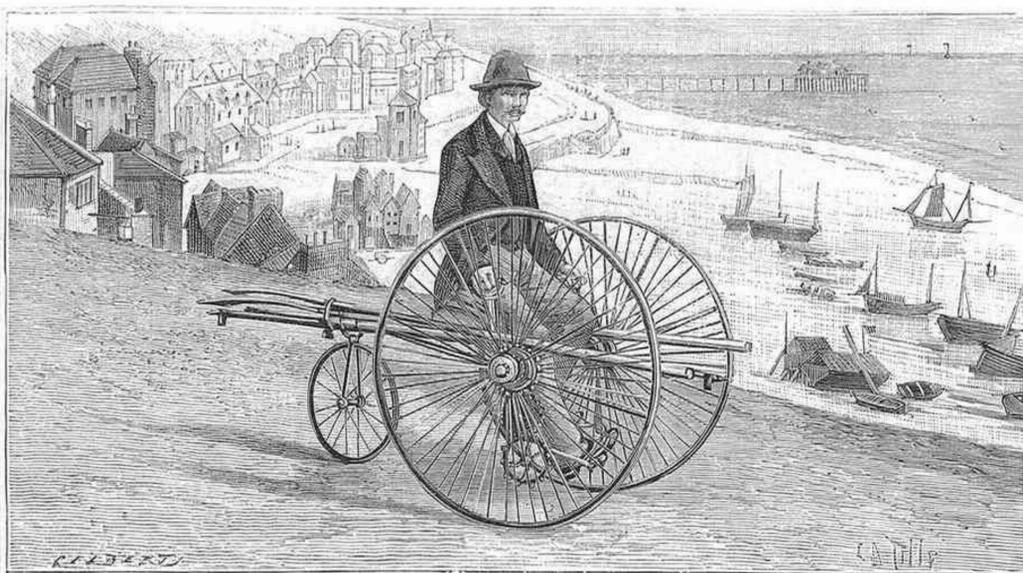
(2) La traza de estos sepulcros se encargó por la reina católica á Gil de Syloe costando su delineación 1,486 maravedises: importando los mármoles y alabastro 158,252 y pagándose al escultor por su trabajo 442,667.

do repasaban las hojas de sus iluminados libros de vitela. Por los monarcas muertos rezaban los esqueletos de los monjes que fueron... Dejé caer la cabeza sobre el pecho permaneciendo abismado algunos segundos: los espectros de los monjes comenzaron á adquirir sus pristinas formas, los rayos de sol que atravesaban las vidrieras ocultáronse, el templo pareció envuelto en la luz indecisa de un crepúsculo de Otoño. Era el día 28 de Setiembre del año de 1506. Las puertas del templo abriéronse de par en par; la comunidad con su Prior á la cabeza revestido de pesada capa pluvial, llevando delante enhiesta la cruz de oro, dirigióse á la gran esplánada que se encuentra al pié del monasterio. Las campanas no cesaban de doblar desde el amanecer y en la sacristía de la iglesia veíase un féretro con paños negros recamado de oro.

Por el camino de Burgos en dirección á la Cartuja avanzaba numerosa comitiva compuesta de monjes, clérigos, magnates y lucido acompañamiento de mosqueteros y arcabuceros con atamborés y pífanos precediendo un ataúd cubierto de negro que alumbraban doce frailes con sus hachones de cera. Llegada al paraje donde la comunidad de Miraflores esperaba uniéronse á ella entrando todos juntos en la iglesia y después de rezados los responsos y demás pécas, dirigieronse á la sacristía, donde sobre suntuosísimo lecho, vestido el manto real, desnudo el estoque y con un cetro á cada lado depositóse el cadáver de D. Felipe I el Hermoso, fallecido en Burgos á 25 del mismo mes. Pocos momentos despues riquísimos paños de brocado cubrían el féretro, enviados para este objeto por la reina doña Juana, y al canto de los monjes, al crujir de las telas y armaduras y al incesante bullido de la bizarra comitiva sucedía el más profundo reposo, tan sólo interrumpido por el acompasado són de una campana cuyos ecos se perdían en aquellas vastas soledades.

A la mañana siguiente llegaban á las puertas del monasterio varias damas enlutadas con acompañamiento de algunos pajes y escuderos: una de las primeras no bien penetró en el templo, dirigióse con apresurados pasos hácia la sacristía, llegó hasta el féretro del rey y asiendo fuertemente del paño de brocado que lo cubria una vez abierto el ataúd, quedóse rígida, inerte, contemplando unos instantes los régios despojos; súbito arrojóse sobre el cadáver y abrazada á él trataba con el fatigado aliento y con el calor de sus frenéticos besos de reanimarlo. Las damas sobrecogidas ante la espantosa escena apenas se atrevían á moverse, los monjes estaban aterrizados, sólo la reina delirante, enloquecida por el dolor seguía besando sin cesar la helada frente de D. Felipe.

Todo en vano: ¿Quién osaría al polvo mudo de la fosa devolverle el aliento imperecedero del espíritu? ¿Quién á la flor marchita y agostada que camina en alas del vendaval podría embalsamarla con sus perdidos colores de ópalo y de grana? y ¿quién posee fuerzas bastantes para hacer de nuevo brotar del corazón yerto y silencioso las sonrientes imágenes de los días juveniles? Los mudos circunstantes pensaban que la razón de la reina se había extraviado, decían ya en sus adentros ¡que estaba loca! Sublime demencia del alma que por ser hija de ella, no llegarán nunca á concebir los corazones de arcilla... Ante el sér que desaparece para siempre, ha tenido la humanidad en todos tiempos efímeras pompas y algunas lágrimas, despues un trozo de tierra donde albergar los corrompidos despojos, que todos se afanan por abandonar y sobre ella luégo, extender el velo de un eterno olvido. Pero no eran así mezquinos los anhelos de la régia loca; á ser posible, ella habría luchado con la muerte misma para arrebatársela su presa y ya que esto no le era dado intentaba trasmitir al helado corazón de su esposo el incendio de amor que la abrasaba. Prolongábase su tormento pero todos eran impotentes para hacerle abandonar el cadáver: sus damas trataron de persuadirla inútilmente hasta que alguno de los monjes hubo de asegurarle que la misericordia de Dios llegaba á tan alto grado que más de una vez aconteció por su permission, resucitar cuerpos que yacían en las tumbas despues de muchos años: era preciso para esto que la reina confiase en la divinidad, mostrándose más resignada y calmando su duelo, ó lo que es lo mismo, que convirtiese su dolor casi divino en una pesadumbre humana. D. Felipe, volvería á la vida como aseguraba el monje y la reina entonces abandonó el féretro. Todos los días acudió al mismo sitio



EL TRICICLO DE M. TERRY, EN TIERRA (Copia de una fotografía)



EL TRICICLO DE M. TERRY TRANSFORMADO EN EMBARCACION, representado durante la travesía del Paso de Calais, efectuada el 28 de julio de 1883. (Copia de una fotografía)

en alas de la esperanza para ver cuándo se realizaba el prodigio y para cerciorarse tambien de la existencia del cuerpo amado. Una vez sin embargo temió que se lo robasen: los flamencos que vinieron con el rey desde Alemania mostrábanse inquietos y temerosos de que no les pagasen sus soldadas; la reina pensó que acaso ellos podrían arrebatárselo en rehenes del pago y entonces determinó trasladarlo á Granada. Hizo ántes tambien abrir el ataúd para cerciorarse que era el mismo y á despecho de sus cortesanos y hasta del mismo arzobispo de Burgos, de nuevo sus brazos estrecharon el cadáver y sus labios posáronse sobre la yerta boca. Durante todas estas frecuentes visitas, nunca se la vió derramar una lágrima, pues segun el decir de un escritor contemporáneo, «se le habían secado los ojos de llorar al descubrir una infidelidad de su esposo en una dama flamenca.»

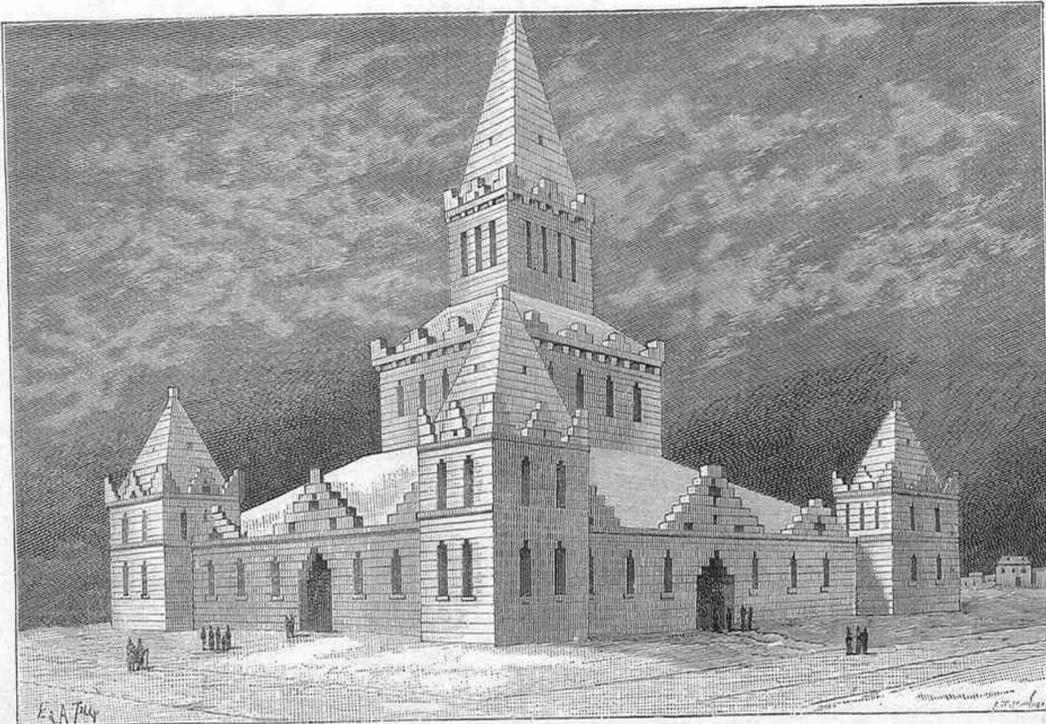
Habían pasado en tropel por el interior de mi cabeza todos estos recuerdos prestándoles la imaginación tal carácter de realismo y verdad que fatigada ya la mente y cansado el corazón habría permanecido inmóvil por mucho tiempo arrimado á la verja del sepulcro del infante, si á mis espaldas no hubieran sonado leves pisadas que vinieron á sacarme de mi abstracción. Volví los ojos y encontré junto á mí la figura silenciosa de un cartujo, cuyo blanco capuz cubriéndole casi por completo el rostro, apenas dejaba ver luenga barba canosa y resaltando sobre el amarillento y cadavérico rostro, los brillantes puntos de luz de sus pupilas. Aquella figura no era la vez primera que yo la contemplaba: la austeridad de su aspecto, la rigidez de sus líneas, su sobrenatural reposo me había impresionado más de una vez. ¿Dónde? ¿Cuándo? La imaginación entonces hizo un titánico esfuerzo, todas las ideas, todos los recuerdos que bullían y se agitaban en mi cerebro como una ronda de chispas luminosas semejantes á los fuegos fátuos de los cementerios parecieron agolparse de repente á un punto dado y de él brotó una de esas inmortales imágenes que tanta gloria han dado á Rivera y Zurbarán. Era el mismo espectro que muchas veces había yo ido á contemplar al museo pictórico de Sevilla, empenándome siempre en hallar palpitante en aquel lienzo el soplo imperecedero de la vida, ó de un algo indefinible y misterioso que no tiene nombre, mas no por eso desconocido para mí. Precedido del monje llegué á la capilla de San Bruno, donde existe una excelente escultura representativa del mismo Santo, cuya ejecución se debe al portugués Manuel Pereira y en uno de sus muros se conserva un magnífico triptico de la misma época que la iglesia, cuyo asunto es la Cru-

cifixion. Pasamos al interior del convento: en el centro de un claustro ojival está el cementerio, agreste, solitario, matizado el suelo por algunas florecillas silvestres, con toda la poética melancolía que se observa en los Campo-Santos de los lugares pobres. Sobre un pedestal hay una cruz de hierro, enmohecida y cubierta de verdin é inmediato un solo ciprés aislado dejando ver el esqueleto de sus ramas á través del exiguu verdor que todavía conserva. Aquel mudo fantasma de la muerte, tan en armonía con el lugar donde se halla sin saber por qué, produjo en mi alma un sentimiento de indefinible tristeza. En la parte alta del monasterio sólo llamó mi atención en la pieza destinada al hogar, la inmensa campana que sirve de chimenea que es de nogal tallado con un enorme escudo de los Reyes Católicos. Fué necesario que abandonase al cabo aquel religioso sitio donde tantas y tan gratas habían sido mis impresiones, prosiguiendo mi viaje hasta Cardeña para lo cual tuve ántes que pasar por el pueblecillo de Carcedo, pues su párroco es el encargado del monumento y en su poder están las llaves. Llegué al lugar dando tumbos y temiendo por mi vida, pues el camino está sembrado de enormes peñascos hasta las calles mismas, y preguntando á los labriegos ocupados á la sazón en los trabajos de las eras me dirigieron á una casita de pobre aspecto donde sentado á la puerta presenciando la operación de aventar el grano se encontraba el Sr. Cura. — Benita — dijo, — acompaña á este señor.

Benita era una muchacha de 19 años, morena, coloradota, con facciones muy finas, de estatura regular, talle estrecho, abultadas caderas y descalza de piés y piernas. La invité á subir en el vehículo que me conducía y á pesar de su resistencia, pues decía que nunca se había metido en ningún coche y que caminaba más segura con sus piés, vencida aquella, nos pusimos en marcha. Durante el camino tuve ocasión de oírle las más vivas descripciones de las faenas del campo á que ella ayudaba como el más robusto mozo, dándome noticia de la manera de vivir en estos lugares especialmente en el invierno durante las grandes nevadas, de las fiestas y diversiones de que gozaban, de las galas y vestidos preparados para tales ocasiones y tambien de los cortejos é intriguillas, amorios y casamientos que habían de realizarse en el próximo día del Santo Patron del pueblo. Estas fidelísimas pinturas hacíalas Benita con tal donaire, con tanta viveza y con tal expresion de sencillez que me tenia suspensos de sus palabras y seguro que las escuchaba con más atención que á la más apuesta dama de nuestra sociedad. Así entretenidos nos encontramos frente á los muros del monasterio. El viajero tiene que sufrir entonces honda cuanto desagradable impresion. En vez de encontrarnos con alguna gran portada románica de arcos concéntricos y capiteles historiados, con sus símbolos, atributos y santos, trabajados infantilmente, pero interesantísimos para el artista y el arqueólogo, la desilusion es grande al ver un inmenso edificio que al exterior sólo revela el mal gusto del siglo xvii, por la parte del monasterio, y una sencilla portada ojival del xv en la que da ingreso al templo. Sin embargo yo no dudaba que allí donde tanto hubo, había de encontrar algo, y así, guiado por la campesina despues de atravesar por entre los escombros de destruidos patios y derruidos claustros, entramos en la iglesia que nada de notable ofrece á no ser las mutiladas estatuas yacentes del Abad D. Sancho Guillen esculpida en los comienzos del siglo xiii, apreciableísimo ejemplar que manifiesta la influencia del arte mahometano en el ojival, de lo que es prueba innegable la leyenda en caracteres cúficos que adornan el manipulo, y otra de arte románico que representa al moro convertido Gil Diaz, mayordomo que fué del Cid, la cual se halla en el más deplorable abandono. El templo es de elegante fábrica del xv, pero se encuentra enlucido con cal y ocre y bien merecería una compasiva mirada por parte del Gobierno, pues de lo contrario sufrirá en breve la misma suerte reservada á las partes antiguas del monasterio. Salimos de la iglesia: hollando los miserables despojos de la destrucción, subiendo por cima de los montones de escombros y piedras, llegamos á un patio que á primera vista nada particular contiene y ya me disponía yo á escudriñar sus rincones todos cuando Benita con el rostro descompuesto, asíome por un brazo fuertemente al par que con tembloroso acento me decía: No vaya V., señor. Por Dios se lo pido. Mire V. que lo van á castigar los mártires: me

quedé al punto sin saber á qué atenerme. Miré á Benita, la vi pálida é inquieta y con profunda expresion de súplica marcada en el semblante. — Pero ¿qué dices, muchacha? le contesté. — Yo se lo contaré á V. todo, si se está quieto y no adelanta un paso más. Se lo ofreci como deseaba y entonces me contó lo siguiente: Allá en tiempo de los moros, hace ya muchos siglos, vivian en este convento 200 frailes que hacian mucho bien por los pobrecitos y que eran muy queridos de todos; un dia, vinieron de pronto los moros y los degollaron y saquearon el convento y se llevaron todas las riquezas. Cuando los moros se fueron á su tierra, vinieron otros frailes y muchos señores y enterraron los doscientos mártires en ese claustro á donde V. queria ir, poniendo en cada sepultura una losa blanca. Al año siguiente del martirio en el mismo dia que fueron degollados, esa fuente, me dijo, señalando á una que brotaba de un muro, empezó á arrojar sangre y las losas blancas de los enterramientos se tiñeron tambien de sangre durante el dia; por la noche aquellas manchas iban tomando formas hasta convertirse en las figuras de los monjes con hábitos rojos que de dos en dos formando una larga hilera llegaban á la iglesia; las puertas se les abrian por sí solas, entraban y arrodillándose á los piés del altar rezaban unos cantos y luego por el mismo camino volvian á sus sepulturas. El Sr. Cura, añadió Benita, dice que los frailes que han habitado el convento los veian pasar todos los años y entrar en la iglesia, y una noche que para verlos mejor encendieron muchas lámparas, al entrar en ella los primeros monjes de sangre, se apagaron todas y sólo quedó ardiendo la que alumbraba el Santísimo.

Benita no iba muy descaminada en su relato: el hecho de la matanza de los 200 monjes de Cardeña tuvo lugar el miércoles 6 de agosto de 934 por el ejército de Abderraman III, segun refieren antiguos testimonios y el mismo historiador musulman Ibn Ialdum dice que en este año despues de sitiar el califa cordobés á Ramiro III en la fortaleza de Osuna destruyó á Burgos y un gran



PALACIO DE HIELO EN MONTREAL (Canada)

número de castillos (1); añadiendo los cronistas castellanos que hasta los tiempos de D. Enrique IV (2) se efectuó el prodigio de aparecer las 200 losas funerarias teñidas de manchas de sangre.

No obstante el temor de Benita, yo me atrevi á pisar el lugar señalado por la tradicion como milagroso y no hubo de pesarme, pues entre algunos sitios aruinados de un muro, pude observar restos de una interesantísima arquería sostenida por capiteles muy bellos latino-bizantino que bien podrian aprovechar nuestros museos. En cuanto á la parte más posterior del edificio, destinado á celdas, tambien lo recorri y no sin extrañeza ví en el interior de una de aquellas, los restos de pobrísimos muebles que indicaban haber estado sirviendo recientemente. Interrogué á mi guía, y Benita con los ojos humedecidos por

mi vista un agreste y salvaje huerto donde en medio de las más intrincadas zarza-moras, de las enormes matas de cardos silvestres y de los espinos de la maleza, se erguan algunos arbolillos ó subiéndolo por los destrozados muros grandes jirones de parietarias. Allá en un ángulo, despojado de las silvestres plantas, ví dos cruces negras, me acerqué á leer las inscripciones que tenian y en una de ellas ví el nombre del Padre Alonso muerto á los 21 años en el monasterio de Cardeña. A los piés de aquella cruz habia sujeto un ramo de flores del campo formado con margaritas, campanillas moradas y espigas de avena.... — ¿Quién ha puesto aquí este ramo? dije volviéndome á Benita. La muchacha con los ojos bajos al suelo, rezaba: nada me respondió. Yo tampoco necesité interrogarla más. ¡Felices los que al morir descansan en este sitio de eterno olvido y tienen sin embargo una plegaria para su alma y una flor para su tumba!

(1) *Recherches sur l'histoire et littérature d'Espagne*. Dozy, vol. 1.
(2) *Flores. Historia Sagrada*. Tom. 21.

JOSE GESTOSO Y PEREZ



LOS NAUFRAGOS, cuadro por J. Hilverdink

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON